

XXV ASAMBLEA PLENARIA DEL PCPL

Roma, 24-26 de noviembre de 2011

DISCURSO DE APERTURA

La cuestión de Dios en el Magisterio de Benedicto XVI

1. Benedicto XVI es un gran maestro de la fe que nos ayuda a no perder nunca de vista lo verdaderamente esencial en la vida. Es un gran teólogo, fascinado por el misterio de Dios y, al mismo tiempo, un observador extremadamente agudo del tan complejo y ambiguo mundo hodierno. El Santo Padre es un hombre dotado de una extraordinaria capacidad de señalar y llamar por su nombre los desafíos más candentes que plantea la post-modernidad a los cristianos.

Uno de los temas-clave del rico Magisterio de Benedicto XVI es, sin lugar a dudas, la cuestión de Dios y la centralidad de Dios en la vida del hombre. En su libro *“Jesús de Nazaret”* formuló una pregunta sorprendente en su simplicidad: «¿Qué ha traído Jesús realmente?» Y responde: «Ha traído a Dios /.../ ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con El, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino /.../ Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco. Si, el poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero. La causa de Dios parece estar siempre como en agonía. Sin embargo, se demuestra siempre como lo que verdaderamente permanece y salva.»¹ La cuestión de Dios es, por tanto, central y decisiva para el hombre.

En su discurso programático de inauguración del Pontificado, Benedicto XVI habló de los diversos desiertos de nuestro mundo y evidenció uno en particular: «Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los

¹ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid 2007, p. 69-70.

desiertos interiores.»² Este es, entonces, el verdadero drama de la humanidad hodierna que el Papa describe de varios modos: “extraño olvido de Dios”, “exclusión de Dios”, “rechazo de Dios”, “ausencia de Dios”, “eclipse del sentido de Dios”, “nuevo paganismo”. Su diagnóstico de nuestro mundo en el umbral del tercer milenio es muy claro: «El verdadero problema de nuestro tiempo es la “crisis de Dios”, la ausencia de Dios, camuflada por una religiosidad vacía. /.../ El “*unum necessarium*” para el hombre es Dios. Todo cambia, si hay Dios o no hay Dios.»³

Pero esto es solo una cara de la moneda. Los sociólogos nos hacen notar que junto al “rechazo de Dios” existe hoy también otro fenómeno de signo opuesto, que ha sido definido como un “regreso a lo sacro”, “renacimiento religioso” o incluso “boom de lo religioso”. Se trata de un fenómeno confuso y ambivalente, difícil de valorar con precisión. El Papa mismo subraya: «No quiero desacreditar todo lo que se sitúa en este contexto. /.../ Pero, a menudo la religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que agrada, y algunos saben también sacarle provecho. Pero la religión buscada a la “medida de cada uno” a la postre no nos ayuda. Es cómoda, pero en el momento de crisis nos abandona a nuestra suerte.»⁴ En este sentido es significativa la difusión de varias formas de idolatría, como una especie de sustituto de la religión. En efecto, el Papa observa: «Donde Dios desaparece, el hombre cae en la esclavitud de idolatrías, como han mostrado, en nuestro tiempo, los regímenes totalitarios, y como muestran también diversas formas de nihilismo, que hacen al hombre dependiente de ídolos, de idolatrías; lo esclavizan.»⁵

Claro, en nuestro mundo existen también no pocos signos de esperanza, como por ejemplo el sorprendente florecer de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades en los cuales Benedicto XVI ve “irrupciones del Espíritu siempre nuevas en la vida de la Iglesia”. Pero de éstos hablaremos más adelante.

2. Regresemos una vez más al problema de la cerrazón del hombre hodierno ante Dios. ¿Cómo explicarla? Ante todo, debemos comprenderla en el contexto de la crisis profunda de la cultura post-moderna. El Cardenal Joseph Ratzinger hablaba de modo muy sugestivo en la homilía de la Misa *pro eligendo Romano Pontefice*: «¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc.

² BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa en el solemne inicio del ministerio petrino*, Plaza de San Pedro, 24 de abril de 2005.

³ JOSEPH RATZINGER, *La nueva evangelización*, Conferencia en el Congreso de catequistas y profesores de religión, Roma, 10 de diciembre de 2000.

⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa conclusiva de la Jornada Mundial de la Juventud*, Explanada de Marienfeld, Colonia, 21 de agosto de 2005.

⁵ BENEDICTO XVI, *Catequesis en la Audiencia General: El hombre en oración (6)*, Plaza de San Pedro, 15 de junio de 2011.

Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (cf. *Ef* 4, 14). A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse “llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina”, parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos.»⁶ Y recientemente, durante el viaje a Alemania, reiteró: «Vivimos en un tiempo caracterizado en gran parte por un relativismo subliminal que penetra todos los ambientes de la vida. A veces, este relativismo llega a ser batallador, arremetiendo contra quienes dicen saber dónde se encuentra la verdad o el sentido de la vida.»⁷ Este es el gran desafío planteado a la fe en Dios ante el que se encuentran nuestros contemporáneos.

Intentando pues comprender las causas aún más concretas de este rechazo de Dios, el Santo Padre sigue las huellas del pensamiento de San Gregorio Magno, el cual en su tiempo – comentando la parábola de los invitados a la boda – se planteó una clara pregunta: «“¿Cómo es posible que un hombre diga ‘no’ a lo más grande que hay, que no tenga tiempo para lo más importante; que limite a sí mismo toda su existencia?”. Y responde: en realidad, nunca han hecho la experiencia de Dios; nunca han llegado a “gustar” a Dios; nunca han experimentado cuán delicioso es ser “tocados” por Dios. Les falta este “contacto” y, por tanto, el “gusto de Dios”.»⁸ Y en el mismo discurso el Papa continúa profundizando a San Gregorio cuando se pregunta: «“¿Cómo es posible que el hombre no quiera ni tan sólo ‘probar’ el gusto de Dios?” Y responde: cuando el hombre está completamente ocupado con su mundo, con las cosas materiales, con lo que puede hacer /.../ entonces su capacidad de percibir a Dios se debilita, el órgano para ver a Dios se atrofia, resulta incapaz de percibir y se vuelve insensible. Ya no percibe lo divino, porque el órgano correspondiente se ha atrofiado en él, no se ha desarrollado /.../ entonces puede ocurrir que precisamente el sentido de Dios se debilite, que este órgano muera...»⁹. Estamos ante un grave riesgo, lamentablemente muy difundido hoy, del cual no están exentos ni siquiera los bautizados. Las palabras del Papa nos invitan, entonces, a una reflexión más profunda sobre nuestra relación con Dios. Vivimos en tiempos en los que la fe no puede ser presupuesta. Benedicto XVI lo ha afirmado con fuerza recientemente: «Con frecuencia nos preocupamos afanosamente por las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe, dando por descontado que hay fe, lo cual, lamentablemente, es cada vez menos realista...»¹⁰ Y en otra ocasión, de modo aún más incisivo, dijo así: «también nosotros corremos el peligro de trabajar mucho, en el campo eclesial, haciéndolo todo por Dios,

⁶ JOSEPH RATZINGER, *Homilía en la Misa “Pro Eligendo Pontifice”*, Plaza san Pedro, 18 de abril de 2005.

⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con el consejo del comité central de los católicos alemanes*, Hörsaal del Seminario de Friburgo de Brisgovia, 24 de septiembre de 2011.

⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa concelebrada con los obispos de Suiza*, Capilla “Redemptoris Mater”, 7 de noviembre de 2006.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa*, Terreiro do Paço, Lisboa, 11 de mayo de 2010.

pero totalmente absorbidos por la actividad, sin encontrar a Dios. Los compromisos ocupan el lugar de la fe, pero están vacíos en su interior»¹¹. Y concluía: «A mi parecer, el destino del mundo en esta situación dramática depende de esto: de si Dios, el Dios de Jesucristo, está presente y si es reconocido como tal, o si desaparece»¹².

3. La “crisis de Dios”, que se extiende en la cultura post-moderna, genera una profunda “crisis del hombre”, porque la relación del hombre con Dios es determinante para su relación consigo mismo y con el mundo. Excluyendo a Dios de la propia vida, el hombre se convierte en un enigma indescifrable para sí mismo. El Papa lo explica muy bien: «Vivimos en un tiempo en que los criterios de cómo ser hombres se han hecho inciertos. /.../ Frente a esto, como cristianos, debemos defender la dignidad inviolable del ser humano, desde la concepción hasta la muerte /.../ “Solo quien conoce a Dios, conoce al hombre”, dijo una vez Romano Guardini. Sin el conocimiento de Dios, el hombre se hace manipulable. La fe en Dios debe concretarse en nuestro común trabajo por el hombre».¹³ En otra ocasión precisaba: «Sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es. /.../ el hombre no es capaz de gobernar por sí mismo su propio progreso, porque él solo no puede fundar un verdadero humanismo /.../ El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano».¹⁴ Existe también un fuertísimo vínculo entre la esperanza – como factor indispensable en la vida humana – y Dios. Benedicto XVI afirma: «quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “hasta el extremo”, “hasta el total cumplimiento” (cf. *Jn* 13,1; 19,30).»¹⁵

Todo esto nos permite comprender más profundamente por qué en el Magisterio de Benedicto XVI recurre tan a menudo la cuestión de la prioridad y centralidad de Dios, pero no de un dios cualquiera, sino del Dios que se ha revelado en el rostro de Jesucristo. Dice el Papa: «Se podrían enumerar muchos problemas que existen en la actualidad y que es preciso resolver, pero todos ellos sólo se pueden resolver si se pone a Dios en el centro, si Dios resulta de nuevo visible en el mundo, si llega a ser decisivo en nuestra vida y si entra también en el mundo de un modo decisivo a través de nosotros.»¹⁶ Y en otra ocasión afirmó: «Creo que nuestra gran tarea ahora, después de que se han aclarado algunas cuestiones fundamentales, consiste, ante todo, en sacar nuevamente a la luz la prioridad de Dios. Hoy lo importante es que se vea de nuevo que Dios existe, que Dios nos incumbe y que Él nos responde. Y que, a la inversa, si Dios desaparece,

¹¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa concelebrada con los obispos de Suiza*, cit,

¹² *Ibidem*.

¹³ BENEDICTO XVI, *Discurso en la celebración ecuménica*, Iglesia del antiguo convento de los agustinos de Erfurt, 23 de septiembre de 2011.

¹⁴ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, n. 78.

¹⁵ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, n. 27.

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa concelebrada con los obispos de Suiza*, cit, 575.

por más ilustradas que sean todas las demás cosas, el hombre pierde su dignidad y su auténtica humanidad, con lo cual se derrumba lo esencial».¹⁷

La opción por Dios de parte del hombre no tiene, por ende, nada que ver con una fuga hacia el intimismo o el individualismo religioso, el abandono de la realidad y de sus grandes y urgentes problemas económicos, sociales y políticos. Más bien, según el Papa, lo contrario es verdad: «Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas. /.../ Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano».¹⁸ Y aquí Benedicto XVI es extremadamente claro: «Las cuentas sobre el hombre, sin Dios, no cuadran; y las cuentas sobre el mundo, sobre todo el universo, sin él no cuadran».¹⁹

Por esta razón el Papa no se cansa de denunciar todas las formas de laicismo que quieren excluir a Dios de la vida pública. Benedicto XVI denuncia particularmente una cierta falsa tolerancia que – paradójicamente – excluye a Dios de la vida pública en nombre de la tolerancia misma. El Papa nos alerta sobre esto: «Es por completo evidente que se está extendiendo una nueva intolerancia, hay parámetros acostumbrados del pensamiento que se quieren imponer a todos, así, pues, se los anuncia en la llamada “tolerancia negativa”, por ejemplo, cuando se dice que, en virtud de la tolerancia negativa, no debe haber cruz alguna en los edificios públicos. En el fondo, lo que experimentamos con eso es la supresión de la tolerancia, pues significa que la religión, que la fe cristiana, no puede manifestarse más de forma visible /.../ El hecho de que en nombre de la tolerancia se elimine la tolerancia es una verdadera amenaza ante la cual nos encontramos»²⁰.

4. Llegados a este punto vale la pena preguntarse: ¿qué significa creer en Dios? ¿Qué es la fe? Respondiendo a tales cuestiones, Papa Ratzinger resalta dos elementos esenciales. Ante todo afirma que la fe en realidad es simple: «Creemos en Dios, principio y fin de la vida humana. En el Dios que entra en relación con nosotros, los seres humanos; que es nuestro origen y nuestro futuro. Así, la fe es al mismo tiempo esperanza, es la certeza de que tenemos un futuro y de que no caeremos en el vacío. Y la fe es amor, porque el amor de Dios quiere “contagiarnos”».²¹ Y luego el Papa subraya que: «el Credo no es un conjunto de afirmaciones, no es una teoría. Está, precisamente, anclado en el acontecimiento del bautismo, un acontecimiento de encuentro entre Dios y el hombre. Dios, en el misterio del bautismo, se inclina hacia el hombre; sale a nuestro encuentro y así también nos acerca los unos a los otros. Porque el bautismo significa que Jesucristo, por decirlo así, nos adopta como hermanos y hermanas suyos, acogiéndonos así como hijos en la familia de Dios. Por consiguiente, de este

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Luz del mundo. El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*, Herder 2010, p. 78.

¹⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso en la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe*, Santuario de Aparecida, 13 de mayo de 2007.

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa*, explanada de Isling, Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.

modo hace de todos nosotros una gran familia en la comunidad universal de la Iglesia. Sí, el que cree nunca está solo».²² En esta visión de la fe, la persona de Jesucristo ocupa un lugar central, porque «Sólo en Cristo y a través de Cristo el tema de Dios se vuelve realmente concreto: Cristo es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, la concretización del “Yo soy”...»²³ Por esto abre su primera encíclica con la afirmación: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.»²⁴

La fe, entonces, es siempre un acto profundamente personal, pero al mismo tiempo tiene una fuerte dimensión comunitaria, eclesial. El Papa explica: «En Cristo, todos nosotros estamos unidos. En esta comunidad, Él nos sostiene y, al mismo tiempo, todos los miembros se sostienen recíprocamente. Juntos resistimos a las tempestades y ofrecemos protección unos a otros. Nosotros no creemos solos, creemos con toda la Iglesia de todo lugar y de todo tiempo, con la Iglesia que está en el cielo y en la tierra».²⁵ Y en otro discurso dice: «podemos creer solamente en el “nosotros”. A veces digo que san Pablo ha escrito: “La fe viene de la escucha”, no del leer. También se necesita leer, pero la fe viene de la escucha, es decir, de la palabra viviente, de las palabras que los otros me dirigen /.../ de las palabras de la Iglesia a través de todos los tiempos».²⁶

Según el Papa la fe, además, no es una posesión serena de la Verdad sino un camino, una búsqueda permanente: «Dios ama a los hombres. Sale al encuentro de la inquietud de nuestro corazón, de la inquietud de nuestro preguntar y buscar, con la inquietud de su mismo corazón, que lo induce a cumplir por nosotros el gesto extremo. No se debe apagar en nosotros la inquietud en relación con Dios, el estar en camino hacia Él, para conocerlo mejor, para amarlo mejor. En este sentido, deberíamos permanecer siempre catecúmenos. “Buscad siempre su rostro”, dice un salmo (105,4). /.../ “Nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti”, dice Agustín al inicio de sus *Confesiones*. Sí, el hombre está inquieto, porque todo lo que es temporal es demasiado poco. Pero ¿es auténtica nuestra inquietud por Él? ¿No nos hemos resignado, tal vez, a su ausencia y tratamos de ser autosuficientes?»²⁷ De aquí nace el interés particular del Papa por aquellos que – aún reconociéndose agnósticos y no creyentes – buscan la Verdad sinceramente. De aquí nació además la propuesta de la creación en la Iglesia de un “patio de los gentiles”: «Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de “patio de los gentiles” donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia. Al diálogo con las religiones debe añadirse hoy sobre todo el diálogo con aquellos para quienes la religión es algo

²² *Ibidem*.

²³ JOSEPH RATZINGER, *La nueva evangelización*, cit.

²⁴ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

²⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa*, Estado Olímpico de Berlín, 22 de septiembre de 2011.

²⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con los seminaristas*, Capilla de San Carlos Borromeo del Seminario de Friburgo de Brisgovia, 24 de septiembre de 2011.

²⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, Basílica Vaticana, 21 de abril de 2011.

extraño, para quienes Dios es desconocido y que, a pesar de eso, no quisieran estar simplemente sin Dios, sino acercarse a él al menos como Desconocido».²⁸ Estas personas a quienes no ha sido dado el don de poder creer y que no pocas veces sufren a causa de la ausencia de Dios, «plantean preguntas tanto a una como a la otra parte. Despojan a los ateos combativos de su falsa certeza, con la cual pretenden saber que no hay un Dios, y los invitan a que, en vez de polémicos, se conviertan en personas en búsqueda, que no pierden la esperanza de que la verdad exista y que nosotros podemos y debemos vivir en función de ella».²⁹ Pero nos interrogan también a los creyentes, a propósito de la imagen de Dios que comunicamos al mundo mediante nuestra vida: ¿es una imagen verdadera o reducida, tergiversada, deformada, una suerte de caricatura de Dios?

El tema de la fe en nuestros tiempos adquiere tonalidades verdaderamente apremiantes. El Papa lo pone en evidencia con gran fuerza, cuando dice: «La verdadera crisis de la Iglesia en el mundo occidental es una crisis de fe. Si no llegamos a una verdadera renovación en la fe, toda reforma estructural será ineficaz».³⁰ La ausencia de Dios en la sociedad secularizada se hace cada vez más pesada y se hace real el riesgo de que no pocos cristianos cedan a la presión de la post-modernidad mediante un aguararse de su fe. La respuesta de Benedicto XVI es muy clara: «La fe tiene que ser nuevamente pensada y, sobre todo, vivida, hoy de modo nuevo, para que se convierta en algo que pertenece al presente. Ahora bien, a ello no ayuda su adulteración, sino vivirla íntegramente en nuestro hoy. /.../ No serán las tácticas las que nos salven, las que salven el cristianismo, sino una fe pensada y vivida de un modo nuevo, mediante la cual Cristo, y con Él, el Dios viviente, entre en nuestro mundo».³¹

El Papa Benedicto ha decidido responder a esta dramática erosión de la fe hoy con una iniciativa muy significativa: convocando en la Iglesia un *Año de la fe*, que iniciará el 11 de octubre de 2012, cincuenta años después de la apertura del Concilio Vaticano II. En el mismo día se cumplirán también veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia católica, promulgado por el Beato Juan Pablo II con el fin de mostrar a todos los fieles la fuerza y la belleza de la fe.³² Recordamos que justamente el cardenal Joseph Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe, fue gran arquitecto de esta importante obra que hoy, como Pontífice, explica: «Precisamente en este horizonte, el *Año de la fe* deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus

²⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso a la curia romana para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad*, 21 de diciembre de 2009.

²⁹ BENEDICTO XVI, *Intervención en la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo, "Peregrinos de la verdad, Peregrinos de la paz"*, Basílica Santa María de los Ángeles, Asís, 27 de octubre de 2011.

³⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con el consejo del comité central de los católicos alemanes*, Hörsaal del Seminario de Friburgo de Brisgovia, 24 de septiembre de 2011.

³¹ BENEDICTO XVI, *Discurso en la celebración ecuménica*, Iglesia del antiguo convento de los agustinos de Erfurt, 23 de septiembre de 2011.

³² Cfr BENEDICTO XVI, *Motu proprio Porta Fidei*, n. 4.

dos mil años de historia /.../ Así, pues, el Catecismo de la Iglesia Católica podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural».³³

5. Un tema al cual Benedicto XVI dedica particular atención es el tema de la relación entre fe y razón. No se trata de un problema puramente teórico, pues toca la esfera verdaderamente vital de la persona humana. El Papa se pregunta al respecto: «¿Qué hay en el origen? La Razón creadora, el Espíritu creador que obra todo y suscita el desarrollo, o la Irracionalidad que, carente de toda razón, produce extrañamente un cosmos ordenado de modo matemático, así como el hombre y su razón. Ésta, sin embargo, no sería más que un resultado casual de la evolución y, por tanto, en el fondo, también algo irracional. Los cristianos decimos: “Creo en Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra”, creo en el Espíritu Creador. Creemos que en el origen está el Verbo eterno, la Razón y no la Irracionalidad. Con esta fe no tenemos necesidad de escondernos, no debemos tener miedo de encontrarnos con ella en un callejón sin salida. Nos alegra poder conocer a Dios. Y tratamos de hacer ver también a los demás la racionalidad de la fe».³⁴

En el actual contexto cultural de la post-modernidad, esta tarea sin embargo se hace cada vez más difícil. El concepto de racionalidad científica hoy vigente, madurado desde los tiempos del iluminismo, es extremadamente reductivo y sostiene que racional es solamente lo que se puede probar con experimentos o con el cálculo. De aquí nace una radical exclusión del problema de Dios: la existencia de Dios es considerada no demostrable; el problema de Dios es relegado exclusivamente al ámbito de las opciones subjetivas del individuo; Dios es considerado en todo caso irrelevante para la vida pública. En el fondo, se trata de una radical emancipación del hombre de Dios. En este sentido, el cardenal Joseph Ratzinger afirmaba, en Europa se ha desarrollado una cultura que constituye en Europa se ha desarrollado una cultura que constituye «la contradicción absoluta más radical no sólo del cristianismo, sino también de las tradiciones religiosas y morales de la humanidad»³⁵. Toda gran cultura, en efecto ha tenido siempre a su lado una religión de la que extraía una linfa vital.

Según esta impostación de la racionalidad, no solo se mutila la razón, sino también al hombre mismo, puesto que «los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la “ciencia” entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo. El sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera admisible en el ámbito religioso y la “conciencia” subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética».³⁶ En tal situación, Benedicto XVI no se

³³ BENEDICTO XVI, *Motu proprio Porta Fidei*, n. 11-12.

³⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa*, explanada de Isling, Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.

³⁵ JOSEPH RATZINGER, *Europa en la crisis de las culturas*, Subiaco, 1 de abril de 2005.

³⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con el mundo de la cultura*, Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.

cansa de insistir en “la insuficiencia de una racionalidad cerrada en sí misma” y en la urgente necesidad de «ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien, conjugar entre sí la teología, la filosofía y las ciencias, respetando plenamente sus métodos propios y su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca».³⁷

Hoy más que nunca es necesaria una reconciliación entre fe y razón. Dice el Papa: «La fe asalta nuestra inteligencia porque expone la verdad – y porque la razón está creada para la verdad. En ese sentido, una fe irracional no es una verdadera fe cristiana».³⁸ Al mismo tiempo el Papa no cesa de ponernos en guardia ante una “ceguera” de la razón hacia lo que es esencial: «Combatir esta ceguera de la razón y conservar la capacidad de ver lo esencial, de ver a Dios y al hombre, lo que es bueno y verdadero, es el propósito común que ha de unir a todos los hombres de buena voluntad. Está en juego el futuro del mundo».³⁹ Pero el Papa – citando a san Buenaventura – quiere ponernos en guardia también ante la «*violentia rationis*, el despotismo de la razón, que se constituye en juez supremo y último de todo».⁴⁰ Este uso de la razón, sin embargo, que intenta poner a Dios a la prueba, someterlo a experimentación, es ciertamente imposible, porque «Dios no es un objeto de la experimentación humana. Él es Sujeto y se manifiesta sólo en la relación de persona a persona: eso forma parte de la esencia de la persona».⁴¹ Y así, la razón y la fe se necesitan una a otra. El Papa reafirma: «La razón necesita siempre ser purificada por la fe /.../ A su vez, la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón para mostrar su auténtico rostro humano».⁴²

6. A la “crisis de Dios” que se ha difundido especialmente en el mundo occidental, el Papa Benedicto responde, lanzando un llamado apremiante a la nueva evangelización, «“nueva” no en los contenidos, sino en el impulso interior, abierto a la gracia del Espíritu Santo, que constituye la fuerza de la ley nueva del Evangelio y que renueva siempre a la Iglesia; “nueva” en la búsqueda de modalidades que correspondan a la fuerza del Espíritu Santo y sean adecuadas a los tiempos y a las situaciones; “nueva” porque es necesaria incluso en países que ya han recibido el anuncio del Evangelio».⁴³ El Papa está profundamente convencido de que «También el hombre del tercer milenio desea una vida auténtica y plena, tiene necesidad de verdad, de libertad profunda, de amor

³⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso a los Obispos, Sacerdotes y Fieles laicos participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana*, Feria de Verona, 19 de octubre de 2006.

³⁸ BENEDICTO XVI, *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época*, Buenos Aires 2005, p. 37.

³⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso del Santo Padre a la Curia Romana para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad*, 20 de diciembre de 2010.

⁴⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso del Santo Padre en la entrega de la primera edición del “Premio Ratzinger”*, Sala Clementina, 30 de junio de 2011.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, n. 56.

⁴³ BENEDICTO XVI, *Homilía en la celebración de las primeras vísperas de la Solemnidad de los Apóstoles san Pedro y san Pablo*, Basílica de san Pablo extramuros, 28 de junio de 2010.

gratuito. También en los desiertos del mundo secularizado, el alma del hombre tiene sed de Dios, del Dios vivo».⁴⁴

Al centro del anuncio que nosotros como Iglesia debemos ofrecer al mundo hodierno, es necesario – sin embargo – poner verdaderamente a Dios. Podría parecer algo obvio, pero lamentablemente hoy no lo es. El cardenal Ratzinger nos ha advertido con insistencia acerca del riesgo de un cierto cristianismo y de una cierta teología «que reducen el corazón del mensaje de Jesús, el “Reino de Dios”, a los “valores del Reino”, identificando estos valores con las grandes palabras clave del moralismo político, y proclamándolas, al mismo tiempo, como síntesis de las religiones. Sin embargo, se olvida así de Dios, a pesar de que Él es el sujeto y la causa del Reino de Dios. En su lugar quedan grandes palabras (y valores) que se prestan a cualquier tipo de abuso».⁴⁵ Y ante este desafío solapado, ha afirmado con fuerza: «quien no da a Dios, no da casi nada; quien no da a Dios, quien no ayuda a encontrar a Dios en el rostro de Cristo, no construye, sino que destruye».⁴⁶

¿Cual es entonces el camino de salida de esta situación tan difícil para la fe en Dios? Papa Ratzinger mira con gran esperanza los nuevos carismas que el Espíritu Santo suscita con generosidad en la Iglesia de nuestros tiempos y de los cuales nacen movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Son los lugares particulares en los que tantos hombres y mujeres encuentran a Dios y se dejan plasmar por Él; descubren la belleza de la vocación cristiana que brota del Bautismo. Son los lugares en los cuales, gracias a las pedagogías de la fe que brotan de los respectivos carismas, brotan sorprendentes energías misioneras de muchos fieles laicos y una extraordinaria fantasía de iniciativas de evangelización. Son «presencia nueva y muy fuerte de la fe...», como los define además Papa Ratzinger,⁴⁷ verdaderamente un gran signo de esperanza para la Iglesia y para la humanidad entera. La Iglesia tiene siempre necesidad de la sana provocación que son los movimientos y las nuevas comunidades; son aquellas “minorías creativas” que según Arnold Toynbee – a menudo citado por papa Ratzinger – se convierten en determinantes para el futuro. Durante su viaje reciente a Alemania, el Papa dijo: «Surgirán pequeñas comunidades de creyentes, y ya existen, que con el propio entusiasmo difundan rayos de luz en la sociedad pluralista, suscitando en otros la inquietud de buscar la luz que da la vida en abundancia. “Nada hay más bello que conocerlo y comunicar a los otros la amistad con él” /.../ De esta experiencia crece al final la certeza: “Donde está Dios, allí hay futuro”».⁴⁸

Según el Santo Padre, el mundo de hoy tiene una urgente necesidad de cristianos que sean verdaderos “hombres de Dios” y verdaderos “adoradores de

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ JOSEPH RATZINGER, *Europa y la crisis de las culturas*, cit.

⁴⁶ JOSEPH RATZINGER, *Homilía en la Misa de funeral de Mons. Luigi Giussani*, Catedral de Milán, 24 de febrero de 2005.

⁴⁷ JOSEPH RATZINGER, *La sal de la tierra. Cristianismo e Iglesia católica ante el nuevo milenio*, Ediciones Palabra Madrid 1997, p. 19.

⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de despedida*, Aeropuerto de Lahr, 25 de septiembre de 2011.

Dios”, es decir, hombres que no solamente hablen de Dios sino sobre todo hablen con Él. El Papa explica: «En la oración, en la adoración, Dios encuentra al hombre. El teólogo Romano Guardini observa que “la adoración no es algo accesorio, secundario /.../. Se trata del interés último, del sentido y del ser. En la adoración el hombre reconoce lo que vale en sentido puro, sencillo y santo”. Sólo si sabemos dirigirnos a Dios, orar a él, podemos descubrir el significado más profundo de nuestra vida».⁴⁹ En otras palabras – afirmaba el cardenal Joseph Ratzinger: «Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios y vivían contra Él, ha obscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a quienes Dios abra el corazón, de manera que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás. Sólo a través de hombres que hayan sido tocados por Dios, Dios puede volver entre los hombres».⁵⁰ Es justamente aquí, según el Papa Benedicto XVI, que se juegan las suertes de la nueva evangelización en nuestros tiempos.

⁴⁹ BENEDICTO XVI, *Regina Coeli en el Lunes del Ángel*, Castelgandolfo, 25 de abril de 2011.

⁵⁰ JOSEPH RATZINGER, *Europa en la crisis de las culturas*, cit.